

CONGRESO NACIONAL

CÁMARA DE DIPUTADOS

Núm. 5.

SESION DEL 23 DE MAYO DE 1866.

PRESIDENCIA DEL Sr. URIBURU.

Continúa la discusion de los proyectos sobre reforma de la Constitucion.

Presidente
Araoz
Auguler
Civit
Camelino
Cortínez
Chenaut
Carol
Quenca.
Del Viso.
Elizalde
Frias
Freire
Gutierrez
Gorostiaga
Gallo
Igarzabal
Lana
Lassaga
Murgo
Mendez
Ortiz
Ocampo.
Pizarro
Padilla
Sarmiento
Ugarte
Villanueva
Zuviria

En Buenos Aires, á 23 de Mayo de 1866, reunidos en su Sala de sesiones los señores Diputados [al márgen] presentes los señores Ministros del Interior, Relaciones Exteriores, Hacienda y Justicia, Culto é Instrucción Pública, con inasistencia de los señores Velez y Zorrilla con aviso y Conesa con licencia, el señor Presidente declaró abierta la sesion. Leida, aprobada y firmada el acta de la anterior, continuó la discusion pendiente sobre el proyecto convocando una Convencion Nacional.

Sr. Ministro del Interior—

En la sesion anterior, cuando entraba en el desenvolvimiento de ciertas ideas que debian completar la demostracion que tenia en vista, la Honorable Cámara decidió suspender la discusion hasta hoy. Esta circunstancia me fuerza á tomar la palabra otra vez para continuar el desarrollo de las ideas emitidas que pudo haberse terminado con algunos minutos mas en aquella sesion, pero que ahora me obligará á tomar gran parte del tiempo y de la atencion de la Cámara á fin de dar hilacion y hacer mas comprensible el raciocinio.

Creo haber demostrado, como un principio inquestionable, que siendo ilimitadas las necesidades de una nacion, deben serlo tambien las facultades de la misma para proveer á su satisfaccion, so pena de ver á cada instante comprometida su existencia por la restriccion de sus medios constitucionales.

Tambien me parece haber demostrado con el análisis del artículo 4º de la Constitucion Argentina, que no puede contarse con un recurso seguro, ni probable, ni posible siquiera, con el de las contribuciones impuestas proporcionalmente á la poblacion de las Provincias. Paso á probar ahora que aun cuando se reconociera en el Congreso la facultad de imponer contribuciones directas ú otras, uniformes, con relacion á la propiedad, este sistema de posible ejecucion trae sin embargo tales inconvenientes que solo deberia aplicarse en casos muy extraordinarios, por una necesidad vital é imprescindible y por tiempo muy limitado; y que por consiguiente, no puede ser una basa normal de impuesto. Entraré tambien incidentalmente pero como una cosa indispensable para mi propósito, en el estudio de los impuestos en jeneral con relacion al bienestar de los pueblos que los pagan, ya que en esta discusion se ha hecho valer como un argumento, la prevision de la pobreza y del atraso de las Provincias, si restablecidos los derechos de esportacion, se vieran ellas obligadas á gravar

algo mas sus contribuciones locales; y como en el orden de las ideas este estudio debe preceder á las otras consideraciones, voy á permitirme comenzar por él mi exposicion.

Para mí es un principio que el impuesto en los pueblos libres no deprime sino que desenvuelve su riqueza. En aquellos tiempos en que las sociedades se dividian en clases, una de las cuales recibia los beneficios, y la otra soportaba las cargas de la asociacion, se comprende que las contribuciones no destinadas á ser devueltas al pueblo en la forma de seguridad, de justicia y de progreso, sino á enriquecer y multiplicar los gozes de los privilegiados, se comprende, digo, que los impuestos fueran odiosos y depresivos. Pero en los pueblos republicanos, en que el pueblo es el gobierno mismo, en la forma moderna de asociacion política en que cada uno de los asociados influye con su opinion y con su voto en la direccion de la sociedad, el impuesto tiene por verdadero límite el de las reconocidas necesidades de esa sociedad, y dentro de ese límite, repito, cuanto mas pronunciado es el impuesto, tanto mas eficaz es para los fines de la asociacion, y para aumentar desde luego el poder social, que es la garantia del bienestar individual y colectivo.

El contribuyente sigue con avidez la fraccion con que ha concurrido á la formacion del Tesoro; pide cuenta severa de la administracion de la renta, y solo queda satisfecho cuando comprende que los administradores han dado útil aplicacion á las contribuciones.

Entre tanto, los efectos del impuesto sobre el individuo son económica y moralmente benéficos. Económicamente tiende á aumentar la riqueza, porque estimula el trabajo y aconseja la economia. Sabiendo que además de sus necesidades personales tiene que proveer al pago de su cuota social, el individuo necesita trabajar mas y ahorrar algo sobre sus consumos, desenvolviendo á la vez esta doble facultad económica y moral. Y al mismo tiempo que se mejora por esa educacion de la necesidad, que desenvuelve sus facultades individuales por la lucha, y que aumenta en igual proporcion la riqueza nacional, labrando la suya propia, el individuo, el ciudadano, se siente cada vez mas adherido á los intereses de su patria, de su provincia, de su barrio, en cuanto mas ha contribuido á la prosperidad de estos objetos de su amor con el sacrificio continuo y constante de su parte en el impuesto

Esto que es verdadero en teoría, aparece demostrado en la práctica de todas las naciones libres, donde se vé que aquellas cuyas contribuciones son mas severas, con tal que estén libre y equitativamente distribuidas, son tambien las mas ricas y las que mejores ciudadanos han formado. Como ejemplo pueden citarse la Inglaterra, los Estados Unidos, la República de Chile, algunas de nuestras Provincias, en contraposicion con otras naciones donde la estremada moderacion de los impuestos ni aumenta la riqueza, ni levanta el espíritu público.

El Gobierno de Bélgica nombró en 1859 una Comision respetable, para que fuera á Inglaterra y estudiara sus instituciones locales y sus impuestos. He tenido en mis manos en estos dias el informe de esta Comision y he admirado lo que podia llamarse la enormidad de las contribuciones inglesas; y la Comision belga al analizar las instituciones y los impuestos que con ellas se relacionan, se apresura á rendir á la Inglaterra el homenaje de su admiracion tambien. "No hay un país en el mundo, escribe, donde haya penetrado mas profundamente que en el pueblo inglés el sentimiento de la propia dignidad, y donde el gobierno propio de los condados y de las parroquias tenga una realizacion mas práctica y liberal."

En los Estados Unidos las rentas nacionales eran relativamente muy reducidas en su larga vida de paz, porque así lo eran tambien las necesidades del Gobierno federal; pero los impuestos de Estado, los de Condado, y sobre todo, los de ciudad fueron siempre sumamente pesados, á punto de estimarse en una proporcion de un veinte por mil sobre todas las propiedades contenidas dentro de la jurisdiccion de cada Estado; y no necesito decir cual ha sido el efecto económico y moral de este sistema en aquella nacion favorecida que ha dado el ejemplo único de su jénero, en una asombrosa prosperidad, impulsada por el mayor desarrollo conocido de las facultades individuales, y por la radicacion de un sistema político, cuyos fundamentos son el gobierno propio de las localidades y la independencia administrativa de los Estados. Así ha sucedido tambien que la Nacion ha podido hacer frente á las inesperadas ocurrencias de la última guerra, levantando la renta federal de sesenta y siete millones, á cuatrocientos millones anuales, que es la cifra actual, tomado en su mayor parte de contribuciones internas sobre las mismas materias que sirven de base á

las rentas siempre crecientes de los Estados.

Es cierto, pues, que un pueblo libre, que vijila con esmero la inversion de la renta pública, no se empobrece sino que aumenta su riqueza y se vigoriza por el impuesto, y por consiguiente es imaginario y quimérico el cuadro de miseria que el señor Diputado por Buenos Aires, nos ha trazado como consecuencia de los impuestos locales que sería necesario establecer en algunas provincias que no los tienen subsistiendo los derechos de esportacion.

Ahora vengo á demostrar que las contribuciones directas de cualquiera denominacion que se impongan uniformemente en la República, son mucho mas desventajasas que el impuesto que descamos mantener, y que por lo mismo, no pueden constituir una renta normal para la Nacion.

Desde luego, es sumamente difícil apreciar el monto de una contribucion interna establecida sobre las propiedades, sobre las industrias y profesiones, porque carecemos de los datos administrativos y estadísticos indispensables para el acierto ó la aproximacion. Pero es evidente que habiendo de recaer este impuesto sobre las mismas materias que sirven de base á las contribuciones provinciales, nos vamos á encontrar inmediatamente con tres graves inconvenientes: primero, la dificultad de la percepcion; segundo, el costo muy considerable que la misma percepcion demanda, el cual puede llegar á 50, 80, y á veces 100 p.º de las cantidades recaudadas cuyas sumas tienen que gravitar sobre los mismos contribuyentes, desde que sea preciso para los efectos de la renta obtener una cantidad neta de esa contribucion; tercero, la multitud de empleados nacionales que es necesario poner en juego para las diversas operaciones complementarias; empleados que van á rozarse á cada instante con los agentes provinciales, encargados de una ocupacion análoga, de donde pueden surgir frecuentes conflictos, y sobre todo, que teniendo que inmiscuirse en el mecanismo interno de las Provincias y en su vida económica de detalle, han de ocasionar mas ó menos cierto grado de depresion en la independencia administrativa de su régimen interior.

De esta suerte, la contribucion que puede sustituir á los derechos de esportacion viene á pugnar con las reglas y sanos principios de un buen sistema de impuestos, segun la opinion de Adam Smith y de todos los que han tratado sobre esta materia, de manera que solo en casos muy excep-

cionales sería lícito que el Congreso recurriese á este medio siempre por tiempo breve y determinado. Para allanar este punto me permito proponer un ejemplo. Un hacendado recoge mil arrobas de lana al año, sobre las cuales la Provincia habria impuesto y colectado una contribucion. La Nacion á su vez necesita cobrar sobre el valor de su producto una contribucion equivalente á un cinco por ciento; si lo hace por el sistema de la contribucion directa, el impuesto debe ser recargado con todos los gastos que su percepcion requiere, á los que debe agregarse, los que representa la morosidad en el pago, las prolijas pesquisas para evitar la ocultacion ó el fraude y la duplicacion del trabajo cuando la cantidad de lana está subdividida en pequeñas fracciones y á largas distancias una de otra. A mas, esta contribucion se ha de cobrar en un tiempo fatal señalado por la ley, que no siempre ha de ser cuando el propietario haya vendido su producto y recibido su valor, lo cual viene á crearle embarazos de no poca importancia, ó á lo menos la necesidad de un capital independiente. Todo esto hará subir la contribucion pagada á un 6 ó un 7 por ciento en vez del 5 que es lo que el Gobierno necesita y lo que en definitiva ha de llegar á su tesoro.

Si en vez de tan complicadas operaciones se establece el derecho de esportacion, todo ese acrecentamiento de gastos desaparece y los productos pagarian solo el cinco por ciento en los puertos de salida, despues que el productor hubiese embolsado su valor con la sola deduccion en los precios de la cantidad líquida que al impuesto corresponde. Entre tanto, la nacion no ha tenido para qué derramar en el interior de cada provincia ese ejército de empleados, que tantas dificultades puede orijinar.

Debo hacer notar tambien que en un pueblo como el argentino en que las industrias se desenvuelven con tanta rapidez, las materias esportables se acrecientan año por año en proporciones asombrosas, y que no sería sensato abandonar este medio de satisfacer necesidades nacionales, al paso que el aumento de la esportacion permitirá tal vez disminuir progresivamente el impuesto que la grava. La esportacion de la lana solamente lleva una progresion creciente y admirable. Tomando las cifras estadísticas de una serie de años, parece que esta esportacion aumenta en razon de 20 p.º anual, lo que haria que redoblase cada cuatro años, de modo que á la

vuelta de diez y seis años, la República Argentina exportará cerca de 40 millones de arrobas, habiendo sido en 1865 casi cinco millones de lana que han salido de nuestros puertos. Siendo esto así, vamos á dominar con esta materia los mercados del mundo, é imponerles las condiciones de nuestra produccion, así como los Estados Unidos los han dominado con el algodón y conseguido vencer toda competencia en las plazas de consumo. Desde entonces ya no tendremos que temer las vicisitudes de los precios, y lo que es mas para la cuestion presente, el impuesto á la exportacion vendrá á pesar esclusivamente sobre el consumidor extranjero y no ya sobre el productor argentino.

Y no se diga que la produccion de la lana pueda ser limitada por la insuficiencia de los campos aplicables á la cria de ovejas, ó porque sobrepasare de tal suerte el artículo que haga disminuir su demanda en las plazas manufactureras. Hay estension bastante en la República para alimentar todas las ovejas que se produzcan en cien años, siguiendo la proporcion de su acrecentamiento actual, aun sin contar con el auxilio de la agricultura y de los pastos artificiales. Casi todas las Provincias tienen vastas superficies de terrenos adecuados para esta industria: Santa Fé, Córdoba, Corrientes, Santiago del Estero, San Luis, y varias otras poseen esas hermosas llanuras despobladas todavia en gran parte, sin contar con las feraces rejiones del Chaco y de las Pampas, donde el pastoreo empieza ya á difundirse con gran provecho de los iniciadores. Y en cuanto á la demanda de esta materia para el consumo del mundo ella tiende á aumentarse cada dia á medida que los usos de la vida civilizada ganan mayor dominio sobre la tierra, pues los tejidos de lana sirven para todas las clases, para todos los climas, y para todas las estaciones.

Antes de abandonar este punto debo llamar la atencion de la H. Cámara sobre el asombroso incremento que he mencionado, fundándome en las cifras oficiales, en uno solo de los artículos de nuestra produccion, y que en menor escala es aplicable á todas las materias esportables, haciendo observar que semejante desarrollo ha tenido lugar bajo el régimen de una escasa contribucion de diez por ciento, que no ha estorbado el progreso de la produccion, ni ha impedido las mas lisonjeras ganancias siempre que los precios de los mercados europeos así lo permitian, con

riqueza nacional y á consolidar el crédito de la República en sus relaciones con el comercio y con los capitales extranjeros.

Tócame ahora tratar la cuestion bajo una faz interesante y delicada, de la que hubiera prescindido, si en el curso del debate no se la hubiera traído á consideracion: hablo de la cuestion política ligada á la económica y constitucional, y la trataré con toda franqueza y sin reticencia alguna.

Se ha hecho este argumento: las Provincias del litoral y principalmente Buenos Aires, son las únicas productoras de materias esportables; por consiguiente los derechos de esportacion, como renta nacional, van á gravitar esclusivamente sobre estas Provincias, y el principio de la equidad en materia de impuestos, quedará así de todo punto comprometido en perjuicio de las Provincias productoras. Aunque una de las premisas de este argumento es inexacta, pues que no son solo las Provincias del litoral las esportadoras, no puede negarse que ellas lo son en proporciones muy elevadas respecto de las otras, con cuya prevencion puede admitirse el hecho alegado para el efecto de la argumentacion.

Lo que la equidad exige, lo que la justa distribucion de las cargas públicas demanda, es que ellas sean muy firmemente distribuidas en toda la Nacion, y que no haya propiedad alguna de las que caen bajo la jurisdiccion y las leyes nacionales que no deba concurrir con su parte proporcional á la formacion del Tesoro. Si porque una Provincia cualquiera que sea, está en aptitud de producir ó de dar movimiento comercial á una materia que las otras no producen, se ha de exonerar esta de la contribucion que corresponde á su valor y al grado de proteccion que le presta la ley, esto sí es constituir un privilegio y una irritante prerrogativa, pues que ese sistema dejaria pesar sobre todas las demas Provincias ó sobre las demas materias imponibles de la República, todo el gravámen de la renta nacional; eso sí seria establecer un sistema de proteccion en favor de un producto ó de un orden de productos, á espensas de la masa de los contribuyentes de la República; y eso es precisamente lo que resultaria en favor de las Provincias del litoral, dado el caso de que ellas solas fueran las que producen artículos destinados á la esportacion.

Las Provincias de Mendoza, San Juan, Catamarca y la Rioja producen vinos y cereales, pero las largas distancias á que están colocadas de los

mercados nacionales y de los puertos de estracion, no les permiten competir con productos análogos que se importan del exterior: lo mismo acontece á las de Tucuman, Salta y otras que elaboran azúcar, y á las de Córdoba y Santiago que fabrican tejidos inferiores de lana de cierta perfeccion artistica. Si todas estas Provincias ocurrieran mañana al Congreso solicitando una proteccion en la forma de un elevado derecho á la importacion de esos productos estrangeros hasta el grado de hacer posible la concurrencia de los productos nacionales, el señor Diputado por Buenos Aires, haciéndose intérprete de las opiniones de la Cámara, respondería con mucha razon, que la lejislacion de la República es liberal en este punto, que el impuesto solo tiene por objeto la renta y de ninguna manera la proteccion; y los peticionarios habian de resignarse á su condicion actual, porque las ideas del libre cambio son dominantes en el pais y han llegado á formar nuestro sistema económico.

Pero, señor Presidente, esas mismas Provincias del Interior podrian presentarse de nuevo con su solicitud en otra forma y decir al Congreso, que en Buenos Aires y en el litoral las mercaderías importadas para el consumo de las poblaciones, solo están recargadas con el derecho que han pagado á su internacion, mientras que las mismas mercaderías llevadas á San Juan, Salta ó Jujuy para el consumo de aquellas Provincias, han tenido que recargarse con los gastos de transporte, con los riesgos y pérdidas del tránsito, con las largas demoras y el interes de los capitales en cerca de un 50 por ciento, llegando este recargo para algunos artículos hasta el 150 y el 200 por ciento. En mérito de esa demostracion, aquellas Provincias vendrian á pedir respetuosamente al Congreso que se suprimieran los derechos de importacion, ó que se redujeran á una mínima expresion, á fin de que los consumidores de aquellas remotas comarcas pudieran comprar esos efectos á mas bajo precio. ¿Qué respondería el señor Diputado por Buenos Aires á tan insólita pretension? No podría decir ya para contrariarla, que somos libre-cambistas, puesto que la solicitud envolvería el colmo de la liberalidad. Lo que el señor Diputado respondería probablemente en ese caso habia de ser perfectamente razonable y justo: que no se puede suprimir el impuesto porque la Nacion necesita rentas para subsistir y aun para impulsar el progreso de esas mismas Provincias, como partes

integrantes de la Nacion; y los solicitantes quedarian satisfechos otra vez reflexionando que el mejor sistema es el de la uniformidad, y que mientras que la ley no favorezca á una localidad con perjuicio de las otras, es necesario resignarse á sus dictados y á la posicion que la naturaleza ha hecho para cada una de ellas, con tal que todas sobrelleven su parte proporcional de carga.

En todas estas consideraciones, señor Presidente, debemos tomar por base el hecho incontrovertible é irrevocable de la union definitiva de la República. En el pasado, en el presente y en el porvenir, la República Argentina, nuestra patria comun, es indivisible sin que haya poder en lo humano capaz de perturbar ese hecho conquistado al traves de tantos infortunios, y de tanta sangre derramada. Sé muy bien, y lo recuerdo con este motivo, que la Nacion ha sufrido muchos dolores en su historia, que las provincias todas han caído y levantándose alternativamente con desgracias y glorias comunes; sé muy bien que todas juntas han hecho esfuerzos proporcionados á sus medios para conquistar el reinado de las libertades y del progreso, y que unas en pos de otras, pero todas ellas en su tiempo, han prestado el continjente de sus esfuerzos para tan altos fines; y sé muy bien, como lo ha hecho notar el señor Diputado á quien contesto, que á Buenos Aires ha debido tocarle la mayor suma de vigor en esta larga y penosa empresa, como que es entre sus hermanas la mas rica, la mas populosa y la mas intelijente. Sé tambien que un día la Provincia de Buenos Aires se encontró separada del resto de la República por circunstancias que son del dominio de la historia y que pueden ser apreciadas de diversa manera. Buenos Aires pudo entónces volver la espalda á sus hermanas, y conceptuándose suficiente para vivir independiente y bastarse á sí misma, pudo renegar de la tradicion nacional y buscar un lugar entre los pueblos soberanos de la tierra: pero si así hubiera procedido, Buenos Aires habria recibido la maldicion de sus hermanas abandonadas, y mas tarde ó mas temprano, habria tenido que sufrir la pena de los que violan las leyes de la naturaleza y del honor, de los que pugnan contra la decidida voluntad de Dios. Entónces hubieran podido aplicársele con razon las palabras del poeta argentino: "No es esa Buenos Aires la de tu gloria, no." Pero estaba escrito que Buenos Aires, fiel á sus tradiciones, habia de mantener en la República el puesto honroso que le da la historia y que no

puede abandonar sin mengua. Esta Provincia volvió, pues, á formar parte activa de la República bajo el imperio de una Constitucion, que ella contribuyó á elaborar con las reformas introducidas al tiempo de su incorporacion.

Entre esas reformas se encuentra la que sirve ahora de asunto en esta discusion. Yo me atrevo á decir que solo la inesperienza de los Convencionales de 1860 pudo aconsejarles esta limitacion á las facultades del Congreso. Pero cuando el tiempo de la fria reflexion ha llegado, desaparecen ante ella todos los motivos que la determinaron, como han desaparecido todas las causas de preocupacion y de alarma, bajo cuya influencia fué sancionada esa reforma. Ahora solo bajo el aspecto de un privilegio podria dejarse subsistir la exencion de los derechos á la esportacion; y conozco bastante al pueblo jeneroso de Buenos Aires para afirmar que no son sus opiniones ni sus sentimientos los que el señor Diputado ha expresado al abogar por el mantenimiento de esta prerogativa, y que si se consultara la opinion de la universalidad de los habitantes de esta Provincia, incluso los seis ú ocho mil productores á quienes parece favorecer la disposicion constitucional que se discute, todos ellos, con una sola voz, aclamarian el principio salvador de la uniformidad de las cargas en todo el territorio de la República.

La Constitucion ha sido establecida á fin de consolidar la union entre los pueblos argentinos, y los legisladores, los hombres de Estado, todos los hombres patriotas deben cuidar de alejar cuantos estorbos puedan conspirar contra los elevados fines de la ley fundamental. "Cuando contemplo, decia Washington en su famosa despedida al pueblo de los Estados Unidos, cuando contemplo las causas que pueden llegar un dia á perturbar la Union, ninguna me parece mas amenazante que la existencia de los partidos jeográficos del Norte y del Sud, del Atlántico y del Oeste, partidos que tienen su orijen en pretendidos intereses antagonistas, cuando en realidad son todos intereses nacionales y comunes."

Así pensaba este grande hombre, presintiendo con la intuicion de su patriotismo, cuáles serian las consecuencias de esas luchas seccionales que antes de ahora he mencionado, y cuyo punto de partida he señalado tambien en una disposicion constitucional que establecia privilegios en favor de Sud Carolina y otros Estados del Sud. Evitemos nosotros, señor Presidente, la formacion de

esos partidos jeográficos del Litoral y del Interior fundados tambien en privilegios que no tienen razon de ser, y en cuanto dependa de la prevision humana, aprovechemos de la experiencia ajena para salvar los escollos con que otros han tropezado, no creando artificialmente en favor de unas localidades mas ventajas que las que la misma naturaleza les ha dado, junto con los deberes que su misma posicion les impone.

Por otra parte, bajo el régimen de una lejislacion rentística análoga en todas las Provincias, se puede probar que los derechos de esportacion ni han sido, ni pueden llegar á ser un obstáculo para que cada una de ellas obtenga los medios necesarios para bastar á sus necesidades propias, sin que esto perjudique tampoco al desarrollo de la riqueza jeneral.

Examinando las leyes de impuestos en aquellas Provincias que han logrado regularizarlos mas pronto, se vé que aunque las contribuciones son elevadas, no llegan á serlo hasta el estremo de comprometer el progreso. Tomo por ejemplo la Provincia de Santa-Fé, Provincia litoral y por consiguiente esportadora, que ha estado pagando el 10 p \S como las otras por los productos que salian de sus puertos. Allí hay, como contribuciones locales, la directa del 4 por mil sobre las propiedades raices y moviliarias, hay la contribucion de patentes, la del papel sellado, la de alcabalas y muchas otras que gravan, ya sea la propiedad, ya las transacciones que se ejecutan bajo la proteccion de la ley. Estos impuestos percibidos con escrupulosa severidad, llenan cumplidamente su objeto, y tan lejos de empobrecer á la Provincia, son al contrario perfectamente compatibles con su prodijioso adelanto en todos los ramos de la industria y en su poblacion. Los terrenos adquieren un valor creciente cada dia; numerosos rebaños de ganados se introducen cada vez mas para ocupar las tierras adecuadas, y esto apesar de que tienen que pagar el impuesto del 4 por mil como contribucion directa, del cual están exentos en las Provincias vecinas; la inmigracion acude tambien á porfia á engrosar las colonias establecidas ó á aumentar la poblacion de las ciudades, y los campos, y todo esto bajo el imperio del austero sistema rentístico que la Provincia tiene establecido; en San Juan, en Mendoza y en varias de las Provincias se han establecido impuestos análogos é igualmente severos, sin que en ninguna se hayan hecho sen-

tir efectos deprimentes ni se haya detenido el adelanto.

Ahora bien, si el mismo sistema, aunque fuera atenuado en sus detalles, se aplicara á la rica Provincia de Buenos Aires ¿á cuánto ascenderia la renta pública que pudiera obtenerse así? Por lo menos resultaría un 50 por ciento mas de lo que es necesario para llenar su presupuesto actual y vendria á quedar en las mismas condiciones, como provincia confederada, que la de Santa-Fé, de San Juan y otras, que tienen bien arreglada la distribucion de su renta, con la diferencia favorable que procede de su posicion y su riqueza, que le permitirian desempeñar con brillo el noble rol de Nueva York en los Estados Unidos siendo una demostracion viva de la excelencia de nuestras instituciones.

Llego ahora, Sr. Presidente, al término de este fatigoso discurso, y voy á cerrarlo con un argumento que tomará su fuerza del patriotismo y de nuestras esperanzas de grandeza futura.

He leído en estos dias con profunda atencion las discusiones parlamentarias que ocupan en este momento á tres grandes naciones, la Francia, Inglaterra y Estados Unidos. En Francia se está discutiendo la naturaleza y la estension de ciertas libertades públicas, y por parte del Gobierno, se está defendiendo la libertad comercial contra la resistencia de hombres muy ilustrados é inteligentes; en Inglaterra se está discutiendo la estension del derecho electoral, viniendo tambien del Gobierno la proposicion de la reforma, solo en el punto de vista del minimum de propiedad que debe tener el elector, sin otra consideracion á su capacidad personal; en los Estados Unidos se discute al mismo tiempo sobre las consecuencias de la última guerra, con relacion á los hombres de color que han quedado libres por ella, y se discute no ya para saber si han de ejercer aquellos los derechos políticos del ciudadano, sino para decidir si les alcanza la proteccion de las leyes, en sus derechos civiles como hombres.

Confieso, Sr. Presidente, que en presencia de estos hechos, no he podido defenderme de un movimiento de patriótica satisfaccion al pensar que todas esas cuestiones están ya resueltas para la República Argentina; no por el acaso ni por circunstancias ajenas á la accion del pueblo, sino por efecto de un esfuerzo sostenido, como fruto de grandes infortunios y de luchas gloriosas en que ha sido derramada sin economia la sangre de muchas generaciones. Sé muy bien que es-

tamos lejos todavia de la perfeccion social y política, pero sé tambien que caminamos en el buen sendero, que no hay un abuso sin protesta, y que cuando un mal está señalado, la atencion del pueblo se dirige en ese rumbo para remediarlo.

Lo que falta á esta patria tan querida para que alcance los altos destinos á que está llamada, es la solucion de otras cuestiones de carácter puramente económico; necesitamos medios fáciles de comunicacion; necesitamos pronta y abundante inmigracion; necesitamos, en fin, fundar un vasto sistema de educacion popular para los fines de la democracia. Y todas estas, Sr. Presidente, son cuestiones de presupuesto, es decir, cuestiones de renta. Si al terminar con gloria para la República la guerra de honor en que actualmente se halla empeñada, logramos gozar por algunos años de las bendiciones de la paz; si conseguimos normalizar el ejercicio de nuestros presupuestos sucesivos, y si, como es probable, sigue el aumento creciente de nuestra renta pública sobre sus actuales bases, entónces será dado al Congreso llenar la mision que la Constitucion le ha impuesto y dedicar gran parte de lo que el pueblo paga á esos beneficios tangibles para el pueblo mismo. Teniendo renta suficiente, la nacion tendrá crédito, y con la renta y con el crédito, se pueden llevar á cabo las mas grandes empresas que han de cambiar en pocos años la faz de la República. Ahí está en proyecto el ferro-carril que debe unir las Provincias de Entre-Rios y Corrientes; ahí está la continuacion del ferro-carril Central hasta las remotas Provincias de Salta y de Jujú; ahí aparece tambien, aunque por ahora en remota perspectiva, la prolongacion por las fronteras del Sud y Oeste del ferro-carril del Oeste, que adelantando con intrepidez hasta la cordillera de los Andes, y poniéndonos en contacto con las costas del Pacífico, ha de asegurar al mismo tiempo para la inmigracion, para la industria, para la civilizacion y para el lustre de la patria comun una inmensa estension de territorios desiertos ahora y corridos libremente por el salvaje.

Estas obras gigantescas tienen que ejecutarse fatalmente. El Ferro-carril Central se prepara ya para su continuacion y para ir á dar animacion y vida á aquellas hermosas provincias que solo esperan este suceso para desenvolver sus inmensas riquezas, multiplicar y perfeccionar sus productos, y hacerlos valer en el noble terreno del comercio internacional. Pero, repito, para

todo esto se necesita renta, se necesita crédito, y para todo esto sirven los derechos de esportacion, que tendrian su mas lejítima aplicacion destinándolos á desenvolver la produccion esportable que les sirve de base. Que del producto neto de este impuesto se aplicara cada año un millon de pesos para la esclusiva promocion de tan vitales intereses, y me atrevo á afirmar que sobre esa base, con la ayuda del crédito y con la poderosa cooperacion de los intereses particulares que se levantan alrededor de esos esfuerzos para el progreso público, lo que parece ahora una utopia se habrá de realizar en menos tiempo del que la imaginacion puede concebir.

Y todo esto tiene que suceder, repito, señor Presidente: la Nacion tiene que dar un poderoso impulso á su progreso jeneral, so pena de ver á cada instante comprometida su suerte presente y sus destinos por las variadas causas de perturbacion que nos estrechan, que tienen su orijen en el aislamiento, en la despoblacion y en la ignorancia y que no pueden ser combatidas eficazmente sino por esfuerzos heróicos, dirigidos con intelijencia para dejar de arrastrarnos lentamente en camino tan lleno de peligros, si no acertamos con los medios extraordinarios y patrióticos de conjurarlos.

Todas esas grandes cosas se han de realizar, y la República, cumpliendo su mision en el servicio de los grandes intereses de la familia humana, ha de tomar entre las Naciones el puesto distinguido que la espera si en las cuestiones como la que nos ocupa, los encargados de dirigir su suerte se inspiran siempre en los elevados preceptos de la justicia, en los verdaderos intereses de la libertad y en los impulsos siempre leales del patriotismo.

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—Pido la palabra.

Sr. Ugarte—Pido la palabra.

Sr. Presidente—La ha pedido el señor Ministro de Relaciones Exteriores.

Sr. Ugarte—Tendré mucho gusto en oir al señor Ministro de Relaciones Exteriores si va á hablar en favor de la reforma.

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—Creo que es conveniente que el señor Diputado conozca primero las ideas de los miembros del Gobierno, para que en su contestacion pueda resumirlas todas.

Señor Presidente: yo no tomaria la palabra en

esta cuestion, porque comprendo que la opinion del Congreso ha sido suficientemente ilustrada, por las esposiciones que han hecho mis honorables cólegas, el señor Ministro de Hacienda y el del Interior; si no fuese que el Congreso ejerce una funcion constituyente, al iniciar la reforma de la Constitucion, y me parece conveniente que el pais sepa los motivos que tiene el Gobierno para apoyar la que ha sido iniciada por el Senado.

Por otra parte, la circunstancia especial de haber tenido yo el honor de proponer en la Convencion de la Provincia de Buenos Aires la reforma de la Constitucion que hoy tratamos de reformar, me pone en el caso de hacer conocer á la Cámara y al pais, cuales fueron los móviles que tuvimos los que la iniciamos.

Esta cuestion, preescindiendo de su importancia política y económica, y colocándola en su verdadero punto de vista, es decir, ante los principios constitucionales, es sumamente fácil y sencilla.

Si tratamos de estudiar cuales deben ser las facultades del Congreso en materia de impuestos tratándose de un solo pueblo, es decir del pueblo Argentino y no de los pueblos de las distintas provincias ó Estados, hemos de entendernos muy fácilmente.

El Congreso, que por la Constitucion está llamado á proveer de recursos al pais para atender á las erogaciones que vote, indudablemente debe tener la facultad ilimitada de establecer contribuciones; esta es una facultad inherente á todo poder lejislativo, es decir que no haya materia alguna que no pueda ser gravada para los fines de la Constitucion; pero tratándose de pueblos rejidos por instituciones federales, la cuestion constitucional presenta algunas dificultades.

Entónces, no solamente deben tenerse presentes los principios constitucionales, sino que deben tenerse presentes tambien los intereses de las localidades que constituyen la nacion.

El único precedente que tenemos sobre esta materia, es el de los Estados-Unidos: fuera de allí, en todos los paises del mundo, que no están rejidos por instituciones idénticas á las de aquella Nacion, la facultad de imponer contribuciones en los cuerpos lejislativos es ilimitada, y nadie jamás, ha intentado ponerlo en duda.

La Constitucion de los Estados-Unidos, que para formarse fué preciso tener presente los antecedentes de la Confederacion, que habia demostrado los peligros y los inconvenientes que

tenia, transigió con los intereses de los Estados que formaban esa Confederacion. Asi es que no pndo hacerse una Constitucion, en abstracto buena; fué necesario ceder á los intereses creados y hacer concesiones debidas á las preocupaciones y á las exigencias de los mismos constituyentes que venian á establecer definitivamente la union y á hacer un solo pueblo de los Estados en lugar de pueblos de distintos Estados americanos. Allí prevalecieron algunas ideas por razones especiales y se dividieron las opiniones. Asi es que en lugar de atribuir al Congreso la facultad ilimitada de imponer contribuciones, ó de dársela á los demas Estados, optaron por darle al Congreso la facultad de imponer á ciertas materias, de reservar otras para los Estados y establecer ciertos requisitos para ejercer las facultades conferidas al Congreso respecto de ciertas contribuciones, á fin de que fueran gravadas únicamente en casos muy raros y escepcionales.

Estos fueron los principios que prevalecieron y que quedaron consignados en la Constitucion de los Estados-Unidos. La Constitucion que se sancionó en Santa-Fé, tomó de la de los Estados Unidos todo cuanto se creyó adaptable á la República, y modificó lo relativo á los derechos de esportacion. Es decir que prevaleció en los constituyentes argentinos la idea de dar al Cuerpo Lejislativo de la Nacion, la facultad ilimitada de imponer contribuciones. Cuando en la Provincia de Buenos Aires se examinó esta Constitucion, nadie creyó que el Congreso no debía tener, en abstracto, la facultad ilimitada de imponer; pero nosotros tratábamos de hacer la union, es decir, de incorporar á la Provincia de Buenos Aires á la Nacion, de modo que sus intereses no fuesen de tal manera heridos que en vez de encontrar en la Constitucion un elemento de poder, viniese á traerle la ruina y la desgracia. Nos hallábamos en una situacion difícil, prescindiendo de las pasiones del momento: porque, como decia el señor Ministro de Hacienda en la sesion anterior, la Provincia de Buenos Aires tenia su presupuesto garantido pero al concluir la garantia, se despojaba de todas las materias imponibles é iba á quedar en la imposibilidad material de atender á sus obligaciones. Teniamos entonces que optar entre los dos temperamentos que indicaba el señor Ministro de Hacienda: ó hacer que la Nacion tomase sobre sí la deuda de carácter nacional que habia perte-

necido á la Provincia de Buenos Aires, ó reservarle á la Provincia los medios de atender á esas deudas; no solamente por razones políticas, es decir, por la desconfianza que podríamos tener de que en el Congreso se cometiera la injusticia de no reconocer esas deudas como nacionales, sino porque habia otras consideraciones aun mas fuertes. Asi es que nos inclinamos al otro temperamento apesar de que teníamos la seguridad de que el Congreso iba á reconocer como nacionales todas las deudas, incluidas en el presupuesto de la Provincia de Buenos Aires. La razon mas poderosa que se presentó para no aceptar esa idea fué la de que la Nacion entonces no tenia crédito. Acababa de salir de una guerra muy fuerte; habia aumentado considerablemente su deuda, que estaba impaga, y estaba llena de papeles de créditos no atendidos. Por consiguiente, no era doudor de tal naturaleza que pudiéramos hacerle reconocer con ventaja una deuda que estaba acreditada, cual era los fondos públicos y el empréstito inglés. No podíamos entonces cambiar de doudor, aun cuando el Congreso lo hubiera consentido, porque ibamos á orijinar un grave mal á los mismos tenedores de fondos públicos de Buenos Aires y á los tenedores de la deuda extranjera. No era tampoco un acto en que pudieran convenirse los dos gobiernos con prescindencia de los acreedores; era necesario consultarlos, y claro es que ni el Banco de la Provincia de Buenos Aires, tenedor de una gran parte de estos fondos públicos, que los habia tomado con los fondos de los depositantes, ni los tenedores del empréstito ingles habrian de consentir en que se les cambiase de doudor, cuando ese doudor no tenia el mismo crédito é iba á producirles el inmenso mal de desacreditarles la deuda. Fué, pues con el objeto de reservarle á la Provincia de Buenos Aires materia imponible de donde sacar recursos para atender á esas erogaciones, que propusimos esta enmienda: pero fué partiendo de un error, error que yo he venido á comprender mas tarde cuando he visto lo que ha sucedido en los Estados-Unidos.

Yo creia que reservando los derechos de esportacion á la Provincia de Buenos Aires, podríanse cobrarlos por la Aduana, que esas materias imponibles quedaban reservadas inclusivamente á la Provincia de Buenos Aires y que el Congreso no podria gravarlas.

La enmienda no fué aceptada tal como la proponia la Provincia de Buenos Aires, es decir, se

negó que recaudáramos este impuesto por medio de la Aduana. Quedaban entónces esos productos como materia imponible para ser gravados por medio de contribuciones directas; pero resulta por la Constitucion, como fué reformada y por la práctica misma de los Estados-Unidos, que, no siendo una contribucion territorial, que es lo que propiamente se llama en los Estados Unidos contribucion directa, todas las demas contribuciones, aun cuando sean impuestas en la forma directa, quedan tambien bajo la accion del Congreso.

De manera que si quedase hoy á cargo de la Provincia de Buenos Aires la deuda de carácter nacional que el Congreso debe en justicia reconocer, desde que se acepte esta reforma, vendrá á resultar que, tanto el Congreso como la Provincia de Buenos Aires, puedan gravar los frutos del país; y entónces, quitando los derechos de esportacion á la Nacion y á la Provincia, serán gravados estos productos con un tanto por ciento, segun las necesidades de la República y de las Provincias. Pero este no fué nuestro pensamiento; estábamos realmente en un error cuando creíamos que el Congreso quedaba inhibido de gravar los frutos del país sino por medio de contribuciones directas.

La diferencia consiste en esto: que la Constitucion Argentina tambien ha tomado de los Estados Unidos la contribucion territorial, reservada allí para casos extremos y urgentes necesidades, cuyo cobro se hacia, no por razon de la riqueza, sino con arreglo á la representacion en el Congreso. Entónces nosotros creíamos que aun cuando llegase un caso extremo en que el Congreso, para atender á urgentes necesidades de la República, sancionase una ley de contribucion directa, no seria en razon de su riqueza, sino en razon de su poblacion; y aun así mismo, siempre venian á ser reservadas las materias imponibles, porque es claro que habiendo Provincias cuya poblacion no está en proporcion con su riqueza, la Provincia de Buenos Aires vendria á ser sumamente favorecida; pero esa idea desaparece ante la facultad que tiene el Congreso de imponer contribuciones en toda la República, no siendo la contribucion territorial.

Por consiguiente faltan todos los motivos que tuvimos para esta reforma.

Hay otra consideracion mas: cuando la propusimos en la provincia de Buenos Aires, no teníamos la certeza de todos los hechos que despues

se han producido. La deuda pública de la provincia de Buenos Aires, que existia al tiempo de hacerse el pacto de Noviembre, al fin de este año está casi toda estinguida. No queda mas que el empréstito inglés, porque casi todos los fondos públicos emitidos despues de aquella época, han sido tomados por la Nacion á su cargo y las emisiones del papel moneda hechas para la guerra, han sido tambien reconocidas como deuda nacional. No queda entónces á la Provincia de Buenos Aires, reconocido como deuda nacional el empréstito inglés, sinó los gastos ordinarios de la Provincia, y han desaparecido, por consiguiente, todas las razones de conveniencia que nos indujeron á proponer esta reforma.

No queda ninguna de las razones que motivaron esta reforma, y por consiguiente debe concluir.

Sin embargo, se nos dice: ¿y cómo es que habiendo propuesto esta reforma venimos ahora á querer quitarla cuando no ha pasado sinó muy poco tiempo?

Yo creo que despues de las razones que he dado, se verá que hay motivos mas que sobrados para que se enmiende el error en que hemos estado, mucho mas habiendo desaparecido todas las causas que orijinaron esta reforma. Pero existe otra consideracion que debe pesar muchísimo en el ánimo de los señores Diputados que se oponen á esta reforma.

Sin ella estamos desarmados; la República queda impotente para defenderse, queda impotente para propender al progreso del país. Así es que los que proponemos que se haga esta reforma, queremos darle poder á la República porque lo necesita.

La Constitucion está calculada en su parte económica, para épocas tranquilas, para épocas de orden y de paz; bajo esta base se dictan las leyes, y bajo esta base se sancionan los gastos; pero cuatro años de experiencia de Gobierno Nacional, han revelado tanto al Congreso como al Gobierno que eso solo no basta. Tenemos grandes cuestiones exteriores que arreglar; cuando menos lo pensamos, por mas prudentes que seamos, surgen cuestiones que pueden llevarnos á un conflicto extranjero; tenemos conmoviones internas, revoluciones que es preciso dominar y vencer; estamos obligados á tomar precauciones y medidas que deben concurrir, aunque lentamente, á hacer desaparecer las causas de esas

revoluciones, que no basta dominarlas y contenerlas con las armas; es preciso dominarlas y contenerlas desenvolviendo los elementos de progreso que han de hacer desaparecer todas las causas que las producen. Si se presenta una guerra exterior, una conmocion interior, hay necesidades urgentes á que atender, y el Congreso y el Gobierno no tienen elementos ningunos para atenderlos. Nosotros queremos devolverle al Congreso la facultad inherente á todo cuerpo legislativo, la facultad indispensable que tienen todos los cuerpos legislativos del mundo de atender á todas las emergencias de la administracion del país.

Se nos dice: pero es que los argentinos somos demasiado pródigos, y es malo darle al Congreso esta facultad de hacerse de recursos, porque puede malgastarlos. A mí me parece que esta no es una observacion seria; porque esto puede decirse de todos los impuestos que puede imponer el Congreso. Por otra parte ¿qué idea podrian formarse de la administracion del país si los poderes públicos estuvieran tachados de locos ó inhábiles para hacer la jestion de los asuntos confiados á su cargo? Debemos partir de la base de que el Congreso ha de usar de las facultades inherentes á su mandato, como lo manda la Constitucion, inspirándose en el interés y en las conveniencias del país.

Esta es una observacion que no debe en ninguna manera pesar en el ánimo del Congreso. Pareceria corroborarse ó dársele un apoyo moral á este temor, aseverándose que actualmente se hacen los gastos de la Nacion de una manera inconveniente.

Aun cuando incidentalmente no se puede discutir esta materia, yo por mi parte, como miembro del Gobierno, no puedo dejar correr ideas semejantes sin rebatirlas. Yo creo que no pasa de una exajeracion en la manera de pensar de los que tienen la idea de que los dineros públicos no se administran bien; pero trayendo la cuestion á su verdadero exámen, resulta que esas ideas no tienen fundamento alguno.

El presupuesto actual, representa poco mas ó menos ocho millones de pesos; tres millones son absorbidos por el servicio de la deuda, en lo cual no cabe ningun jénero de mala administracion. Otros dos millones son absorbidos por los sueldos civiles y militares en lo que no cabe tampoco ningun jénero de duda. Quedan entónces para el presupuesto de gastos nacionales apenas un millon

y medio de pesos, es decir, para atender á todas las cosas que son materia de contrato. Si se traen á la vista todos los contratos y las distintas personas que intervienen en ellos, resultará que solamente en muy pocas cosas es posible el abuso.

Como lo sabe el país y como lo sabe el Congreso, estamos trabajando para ir haciendo desaparecer las causas de mala administracion que nos quedan; suprimanse los abusos de pagar mas tropa de la que hay en los cuerpos, suprimanse los abusos de pagar mas raciones de las que realmente se suministran y entónces habremos concluido con las únicas causas que aun quedan de desmoralizacion.

El Gobierno ha sido incesante, y el señor Ministro ha tenido razon cuando ha rechazado los cargos que se han hecho, porque él ha sido incesante tambien, en trabajar por quitar el último abuso que aun puede quedar en el sistema administrativo; pero si traemos la imperfeccion de nuestras cosas y los medios imperfectos que tenemos para marchar, si se compara la administracion de nuestro país con la de los países vecinos, se llega á la conclusion que, tanto el Congreso como el Gobierno, administran de la manera mas perfecta que se puede los dineros públicos.

No quiero decir con esto que la administracion presente sea la mas perfecta; la estamos mejorando, pero eso no se puede presentar como un argumento, para que no se le dé al Gobierno mas dinero porque lo va á malgastar. Nosotros, cuando pedimos para el Congreso la facultad de imponer ilimitadamente, pedimos tambien para las Provincias, esa misma facultad, porque si cada Provincia no puede marchar con sus propios recursos es claro que tendrá que vivir en el atraso.

Pero ¿cuál es el mejor sistema? ¿Tomar las materias imponibles y dividir las entre la Nacion y los Estados, ó dejar que la Nacion y los Estados puedan gravarlas indistintamente para atender á sus necesidades?

El verdadero principio es el que hoy se aplica. Por ejemplo, cuando la Constitucion dice que los derechos de importacion solo pueden ser impuestos por el Congreso, no se han limitado los derechos de las Provincias de imponer esos mismos impuestos. Por esa razon es que las leyes de patentes que gravan las casas de comercio, vienen á gravar tambien los artículos de importacion que venden esas casas de comercio, y este es un medio de aumentar los derechos de importacion im

puestos por el Congreso. De manera que si queremos entrar en ese sistema de limitar las materias imponibles para la Nacion y las Provincias, hemos de llegar á un estado en que nos ha de ser imposible marchar. Dejemos, pues, entonces que tanto la Nacion como las Provincias tengan el derecho ilimitado de imponer en la forma que la Constitucion lo permite, y dejemos el sistema odioso de las contribuciones directas, y que quedarían reservadas á las Provincias.

Yo me permitiré hacer una última observacion. Ya no estamos en el caso de hacer suposiciones; tenemos á nuestra vista actualmente los hechos que deben decidir á cada uno de los SS. DD. á aceptar esta reforma. Para costear los gastos de la guerra en que estamos empeñados, hemos tenido que echar mano de la mayor parte de las rentas ordinarias, distrayéndolas de objetos que tienen primordial interes. Hemos tenido que acudir á un empréstito extranjero y hemos tropezado con algunas dificultades é inconvenientes que salvaremos; pero despues de esta guerra, probablemente hemos de quedar comprometidos con nuestro crédito exterior, y ya no ha de ser fácil acudir al mismo arbitrio. Entonces ¿qué elemento positivo vamos á tener para continuar haciendo las mejoras internas que el país necesita? Para desarmar el país y para tomar todas las medidas que han de ser una consecuencia forzosa de la guerra, hemos de entrar en arreglos difícilísimos mas difíciles que la guerra misma, y en estas circunstancias ¿vamos á dejar el presupuesto disminuido de tres millones de duros, vamos á dejar á la Provincia de Buenos Aires en la imposibilidad de atender al servicio de la deuda extranjera, y á la Nacion tambien casi en la imposibilidad de atenderla?

Si el Congreso quisiera tomar sobre sí la deuda de la Provincia de Buenos Aires, de carácter nacional, yo creo que no seria de ninguna manera prudente, dejarnos desarmados, impotentes para llenar la mision que la Constitucion nos ha impuesto, de velar por la independencia del país, por la paz interior y por su progreso. A esto conduciría realmente la oposicion que se hace á esta reforma, sin mas fundamento que temores sumamente pueriles, que no pueden resistir al exámen menos detenido.

Sr. Ugarte—Pido la palabra.

Sr. Presidente—Sin embargo de que el asunto está en discusion jeneral, yo entiendo que la Cámara asiente á que hable el señor Diputado; pero

seria mas conveniente que el señor Diputado hablara despues de un cuarto intermedio.

Sr. Ugarte—Voy á emplear muy poco tiempo, porque comprendo que la Cámara está ya fatigada.

El señor Ministro de Relaciones Exteriores me ha hecho una ventaja y una desventaja. Si hubiese hablado yo inmediatamente despues que el señor Ministro del Interior, habria encontrado á la Cámara profundamente conmovida, y con razon: la palabra del señor Ministro del Interior impresiona aun á los que pensamos que S. E. está en error. No es solamente su talento incontestable, su vasta erudicion, ni las dotes felices de su elocuencia, lo que causa esa impresion: es mas que todo el convencimiento que tenemos, de que en el señor Ministro del Interior hasta el error es sincero.

La ventaja que me ha hecho el señor Ministro de Relaciones Exteriores, es haber dado tiempo para que se calme esa impresion, que me habria hecho hablar á la Cámara en condiciones desfavorables para mí.

La desventaja que me ha hecho, es que, despues de dos horas de debate la atencion se encuentra fatigada; de manera que seria necesario que tuviese yo cosas muy interesantes que decir á la Cámara, para conseguir que me escuche con atencion.

En la sesion anterior he desenvuelto ya estensamente la serie de demostraciones con que impugnó este proyecto. No volveré sobre ellas, porque quiero evitar repeticiones. Pero insisto en discutir todavia, porque quiero que la verdad aparezca evidente y luminosa.

Una de las grandes ventajas del sistema parlamentario, es obligar á los hombres que gobiernan y las mayorias que están dispuestas á sostenerlos, á que tengan siempre razon y á que demuestren siempre que la tienen; porque, si los hombres que gobiernan y las mayorias dispuestas á sostenerlos, pueden hacer la ley, ante la cual tenemos todos que inclinarnos, cuando no tienen razon no pueden hacer la opinion: y si ellos hacen la ley, la opinion les hace el desprestijio en torno de la ley, de cuya bondad no han sabido convencer.

Es por eso que disento; á fin de que aparezca la verdad: disento sin terquedad: disento deseando ser yo mismo convencido; porque entonces habré ganado dos cosas, encontrar la verdad que constantemente persigo, y haber dado ocasion al

Poder Ejecutivo y á la mayoría parlamentaria que lo sostiene, para mostrar ante el país que procede con razon, y conquistar así el favor de la opinion.

Por desgracia, señor, yo me siento vencido en esta discusion, sin sentirme convencido.

El señor Ministro del Interior, analizando las fuentes constitucionales del impuesto entre nosotros, para ver cuales serian sus resultados prácticos, encontraba, en la sesion anterior, que, suprimidos los derechos de esportacion, no quedaria otra eficaz mas que la contribucion directa, que deberia ser repartida en las provincias con arreglo á su poblacion respectiva; de manera que para levantar una suma de dos millones, Buenos Aires, con sus cuatrocientos mil habitantes, tendria que concurrir con ochocientos mil pesos, por ejemplo; Santiago del Estero, con sus cien mil habitantes, tendria que concurrir con doscientos mil pesos; Mendoza, con sus enarenta mil habitantes, tendria que concurrir con ochenta mil pesos.

S. E. preguntaba luego, si era posible que las provincias pobres—y hacia notar la vivacidad de colorido con que habia yo descripto la pobreza de la República Argentina—pudieran concurrir con las sumas relativamente crecidas que habian de tocarles en esa distribucion.

De esa imposibilidad deducia él, la necesidad de mantener los derechos de esportacion como fuente de recursos.

Sentiré causar al señor Ministro del Interior, á quien respeto tanto, la impresion dolorosa que tuve la desgracia de causar en la sesion anterior á mi honrado amigo el señor Ministro de Hacienda. Pero, cumpliendo deberes que á mí tambien me causan impresiones dolorosas, necesito presentar descarnado el pensamiento que se entraña en las palabras del señor Ministro.

Es necesario conservar los derechos de esportacion, para evitar que las provincias pobres sean gravadas con las sumas relativamente crecidas que han de corresponderles en la distribucion de la contribucion directa.

Voy a presentar al señor Ministro del Interior la consecuencia que de sus palabras se desprende; voy á presentársela, porque sé que, cuando el señor Ministro del Interior defiende lo que es injusto, lo defiende de buena fé, sin conocerlo, y que basta entonces mostrarle la justicia, para conseguir que el señor Ministro se detenga en su camino.

Es necesario mantener los derechos de esportacion, para evitar que las provincias pobres sean gravadas con las sumas relativamente crecidas que han de corresponderles en la distribucion de la contribucion directa.

Sí. Pero esto quiere decir—es necesario conservar los derechos de esportacion, para conseguir que las provincias que se supone ricas, paguen solas la masa del impuesto que corresponde á todas.

O yo no entendiendo bien lo que oigo ó es esta la traduccion fria, pero fiel, del pensamiento que venia envuelto en las palabras del señor Ministro.

El propósito puede ser eficaz. Pero me permito dudar que sea justo; y como pienso que la justicia es lo único duradero, me permito dudar que sea útil para la union de los pueblos. Y me alegro de que el señor Ministro del Interior haya hecho la invocacion del patriotismo, invocacion que jamás se hará en vano, así lo espero, en el seno de una Cámara argentina; me alegro, porque invocando yo mismo el patriotismo, le podré contestar: me opongo á esta reforma, que, fundando un mal sistema de impuesto, puede ser peligrosa para la union sincera de los pueblos; puede ser peligrosa para la union... porque es injusta.

El señor Ministro del Interior, estudiando en seguida la razon filosófica del impuesto, establecia una verdad incontestable—el impuesto es el seguro que pagan los individuos á la sociedad, por la proteccion que les presta—y deducia que adonde vá la proteccion, allí debe estar el impuesto.

Hasta aquí, el señor Ministro tenia razon.

De ese antecedente se desprendia, segun él, la justicia de los derechos de esportacion, porque la proteccion nacional acompaña los productos esportados, en su tránsito y en su aparicion en el mercado extranjero.

Pero, el señor Ministro se olvidaba de que los productos esportados no van de valde al mercado extranjero, que van en pago de los productos importados, y que, habiéndose cobrado derechos á la importacion, cobrarlos á la esportacion, es cobrar dos veces la proteccion que es una sola.

El señor Ministro se olvidaba, ademas, de que los esportadores no son nuestros productores; que sobre estos gravita el peso del impuesto, disminuyendo en una cantidad equivalente el precio á que venden sus productos; que los esportadores

son los mismos comerciantes que han hecho la importacion, y que hacen la esportacion á su costa y á su riesgo; que una vez que los buques que llevan los productos esportados, abandonan nuestro puerto, nuestra proteccion no los alcanza, sino que van protegidos por la nacion cuya bandera llevan en sus mástiles.

De manera que el señor Ministro, que funda la justicia de los derechos de esportacion, en la proteccion que sigue á los efectos esportados, quiere en realidad cobrar una proteccion que no dispensa.

El señor Ministro dirijia luego sus miradas al interior de la casa de Príamo incendiada, y la veia, como era natural, no con la luz serena del luminar del dia, sino con la luz rojiza y aterradora del incendio. El señor Ministro ha tomado por cuerpos verdaderos, las columnas de humo que se alzaban de entre las llamas.

Solo así puedo esplicarme la fraternidad en que el señor Ministro ha ligado, la supresion de los derechos de esportacion y la odiosa institucion que hace de un hombre un esclavo.

Pero la lógica protesta contra esa fraternidad, porque un pais puede estar libre de derechos de esportacion, y libre tambien de la mancha que la esclavatura imprime sobre la frente de una nacion civilizada.

El señor Ministro quiere mantener abiertas para la Nacion todas las fuentes del impuesto, porque las necesidades de los pueblos son incommensurables.

Pero el señor Ministro olvida que en el sistema federal, al lado de las necesidades de la Nacion, se levantan las necesidades de las provincias; que, si aquellas son incommensurables estas son incommensurables tambien; y que, si se dá todo á la Nacion, es claro que nada les queda á las provincias.

El señor Ministro del Interior no ha demostrado, sin embargo, en su discurso de la sesion anterior, ni en su discurso de hoy, que en el estado económico actual de la República Argentina, manteniéndose gravados con derechos de esportacion los productos del pais, sea prácticamente posible que las provincias puedan conquistar la independencia de sus gastos, y vivir sin mendigar las subvenciones del Congreso, renunciando su independencia local y el derecho de administrarse á sí mismas; porque el Congreso, para acordar las subvenciones, tiene que examinar el presupuesto de cada una de las provincias, para

saber si tienen medios bastantes de cubrir sus gastos, y si, entre los gastos, no hay algunos que le parezcan supérfluos.

El señor Ministro no ha demostrado tampoco, en su discurso de la sesion anterior, ni en su discurso de hoy, que los derechos de esportacion no sean un impuesto desigual, que pesa esclusivamente sobre un gremio, sin que contribuyan las otras industrias cuyos productos no se esporta.

El señor Ministro no ha demostrado, que los derechos de esportacion no afectan á los productos del pais, con una depreciacion muy superior al beneficio que recoge el fisco. No ha demostrado que no sean un impuesto anómalo, que grava unas veces la renta, y otras veces la renta y el capital. Y faltando esas demostraciones, creo que puedo sin temeridad alguna, sostener que es fundada la oposicion que hago al proyecto.

El señor Ministro ha asegurado que el impuesto no comprime, sino que, por el contrario, desenvuelve el progreso de los pueblos.

Para demostrar el error de ciertas afirmaciones, hay á veces un medio muy eficaz y muy sencillo, y es llevarlas hasta sus últimas consecuencias, con la seguridad de que el mismo que ha hecho la afirmacion, ha de detenerse ante su resultado final.

Si el impuesto desenvuelve el progreso de los pueblos, cuanto mas alto sea el impuesto, mas grande ha de ser el progreso. Si, tomando á cada contribuyente el 40 p^o de su renta anual, el progreso se desenvuelve en una proporcion determinada, tomándoles el 80 p^o, el progreso ha de hacerse en una proporcion duplicada, y tomándoles la renta por entero, el progreso ha de ser mucho mayor.

¿Cuántos hombres espera el señor Ministro que trabajen, cuando el impuesto les quite el producto total de su trabajo?

No. Lo que desenvuelve el progreso de los pueblos es el trabajo; porque el progreso no es otra cosa que el triunfo del espíritu sobre la materia, la victoria del hombre sobre sí mismo y sobre la naturaleza inculta que lo rodea.

El impuesto puede servir á esa victoria, no porque sea bueno en sí mismo, sino por la buena aplicacion que de él se haga. Pero es indispensable, para que la sirva, que, á mas de ser bien aplicado, sea bastante moderado para no impedir la acumulacion del capital, que es el gran instrumento del trabajo.

El señor Ministro, para sostener su afirmacion, nos ha citado el hecho de que nuestra produccion ha ido siempre aumentando.

Yo le repetiré lo que tuve ya el honor de contestar al señor Diputado por la Provincia de Córdoba: Ese hecho no prueba la benéfica influencia del impuesto. Lo que prueba, es que la vitalidad del país es de tal modo vigorosa, que su produccion puede crecer y ajigantarse, á pesar de las malas leyes del Congreso.

El señor Ministro del Interior ha juzgado bien mi pensamiento, cuando ha dicho que, si mañana viniese á las puertas del Congreso una Provincia productora de ciertos artefactos, á pedir una ley que protejiese su industria, yo habia de contestarle: atras; el sistema protector no pertenece á este tiempo. Pero no ha juzgado bien mi pensamiento, si ha creído que, al desecharlo yo la demanda de una Provincia, que viniese á pedir, para ella, exoneracion de los derechos de importacion porque, estando colocada al interior de la República, los efectos importados le llegan con el recargo de los gastos de transporte, lo haria únicamente por razones fiscales, por razon de la renta.

No. Yo desecharia esa demanda, porque esa demanda seria injusta, porque seria la pretension de un privilegio. Los habitantes de cada localidad gozan de las ventajas de su suelo y de su clima; pero tienen que sufrir sus desventajas. Los que viven en el interior de la República tienen que sufrir el recargo que ocasiona la internacion de los efectos importados, como los que viven en el litoral tienen que sufrir el recargo que ocasiona sobre los precios de fábrica, el transporte de las mercaderias hasta aquí. Esos costos de aparicion en el mercado son inconvenientes naturales, que la lejislacion no puede corregir.

Los partidos jeográficos, que con razon alarman al señor Ministro, no se han de levantar estimulados por la palabra del que pide justicia para todos. Pero pueden bien levantarse estimulados por la palabra de los que, defendiendo un mal sistema de impuesto, se esponen á crear un interés antagónico en los pueblos.

No me es posible, porque tendria que emplear muy largo espacio de tiempo, seguir en todos sus detalles las ideas desenvueltas por el señor Ministro, en el bellissimo discurso que ha pronunciado en dos sesiones.

Buenos Aires, para incorporarse á la union, no

podia como Carolina, una garantia constitucional para conservar la propiedad de sus esclavos; no habia esclavos, por fortuna, en Buenos Aires; pidió una garantia constitucional de que sus productos no serian gravados á la esportacion, sino durante un cierto período de tiempo: ese período va recien á espirar; Buenos Aires va recien á gozar de las ventajas de la garantia constitucional, que pidió y que obtuvo, no para ella sola, sino para todas las provincias que se encuentran en las mismas condiciones: y bien, el Congreso se apresura á retirarle la garantia constitucional que le habia dado!

Y hay en la cronolojía de los hechos, singulares coincidencias de fecha. El 23 de mayo de 1854, la Provincia de Buenos Aires juraba su Constitucion interna. En esa Constitucion, que recuerda una época de separacion y de dolor, hay, sin embargo, un artículo, que contiene una aspiracion lejítima de Buenos Aires, que es tambien la aspiracion de la República. En él declara Buenos Aires que no se reunirá á la Nacion Argentina, sino bajo la forma de gobierno, republicana, representativa, federal. Estamos á 23 de mayo: doce años han pasado; y el Congreso Argentino va á sancionar en la Constitucion Nacional, una reforma que importa la anulacion del sistema federal; porque yo no comprendo sistema federal posible con la unidad de rentas, con la dependencia de las Provincias, impuesta por la dependencia de los presupuestos; y no comprendo que, en el estado económico actual de la República, puedan las provincias organizar su renta si se admite esta reforma.

Voy á dirigirme ahora al señor Ministro de Relaciones Exteriores.

El ha tenido el delicado tacto de confesar á la Cámara que él fué el autor de la reforma que intenta revocarse hoy. Yo quiero imitar la franqueza del señor Ministro. En 1860, yo era, como el señor Ministro, miembro de la Convencion que examinó en la Provincia de Buenos Aires la Constitucion Nacional; y yo voté contra esta y contra todas las reformas que se propusieron.

De este modo, el señor Ministro de Relaciones Exteriores, autor de la reforma, combatiéndola hoy en el Congreso, y yo defendiéndola, los dos aparecemos en contradiccion con nuestras ideas anteriores.

Al Dr. Velez Sarsfield, Sr. Presidente, se echaba una vez en cara la contradiccion que habia entre sus ideas del momento y las que habia en otro tiempo sostenido.

Al Dr. Velez Sarsfield no le faltaba jamas una respuesta oportuna, y en esa ocasion decia: "yo soy un hombre que estudio y aprendo todos los dias; he cambiado de opinion, porque sé ahora mas de lo que sabia antes."

La respuesta no era solamente oportuna; era profunda. El error no compromete á vivir perpétuamente en el error. No habria terquedad mas reprehensible, que la del hombre que se empeñase en vivir siempre equivocado porque se equivocó una vez.

La contradiccion en que nos encontramos el Sr. Ministro y yo, poned de manifiesto á la Cámara, que S. E. y yo somos dos hombres que estudiamos tambien; pero uno de los dos se atrasa con lo que estudia.

El que estaba en el error en 1860, tiene que estar forzosamente en la verdad ahora. El que estaba en la verdad entónces, tiene que estar hoy forzosamente en el error.

No me atrevo á decir que sea S. E. el que se atrasa, y aunque cueste á mi amor propio, tendré que sospechar, por consiguiente, que el que se atrasa soy yo.

A todos los razonamientos que acaba de presentar el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, para defender la reforma de la reforma que propuso, le dirijo como única respuesta, las observaciones que el Convencional Dr. Elizalde hizo en 1860, para defender la reforma que S. E. impugna hoy.

Acabo, sin embargo, de hacer un descubrimiento nuevo de que quiero instruir á la Cámara. Yo sabia que el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores era un orador aventajado, un hombre de talento, lleno de expedientes y de recursos; pero no sabia que S. E. fuese tambien poeta; y este es el descubrimiento que acabo ahora de hacer.

La supresion de los derechos de esportacion nos reduce á la impotencia—ha dicho el Señor Ministro.

La hipérbole es tan grande, que solo cabe en la imaginacion vigorosa de un poeta.

Para atender á los conflictos exteriores y á las conmociones intestinas, que puedan sobrevenir, serian cuatro reales los derechos de esportacion.

Para hacer frente á los gastos que nos impondrian los conflictos internacionales ó las conflagraciones interiores, hemos de necesitar sumas enormes, que no podrá darnos el impuesto, que

solo puede darnos el crédito. Y el crédito no se gana aniquilando la riqueza, impidiendo la formacion del capital, agoviando al pais con impuestos y gastos escesivos. El crédito se gana con una administracion severa, con moderacion en los gastos, con moderacion en los impuestos, que permitan desenvolver la riqueza. El crédito se gana con la riqueza del pais y con la moralidad de la administracion. Y el crédito es el único que nos puede dar los recursos necesarios, para hacer frente á los conflictos internacionales y á las conexiones interiores.

El Sr. Ministro del Interior ha terminado su elocuente discurso, ofreciéndonos la brillante perspectiva que ofrecerá la República Argentina, empleando las rentas en inmigracion, en ferrocarriles, en colonias, en colejos. Nada creo que ha exajerado S. E. No podemos imaginar siquiera cual será la grandeza de la República Argentina, cuando su territorio esté cubierto por la inmigracion, cruzado por los ferro-carriles, cuando en cada villa haya un colejo, y en cada aldea una escuela; y para todo eso se necesita renta.

Sí. Pero, fomentar la inmigracion, garantir ferro-carriles, construirlos por cuenta del Tesoro, levantar escuelas y colejos, poblar el pais y civilizar la poblacion, no es atribucion esclusiva del Congreso y del Gobierno Nacional. Todo eso tócales tambien hacerlo á las Lejislaturas y á los Gobiernos de Provincia. Y es mejor que ellos lo hagan. En eso es en lo que precisamente consiste la excelencia del sistema federal, en que no absorbe la vida entera de la Nacion en una localidad determinada, en que deja circular por todas partes el calor, el movimiento, la vida. No absorbamos, pues, la vitalidad de la Nacion, en la localidad privilegiada que haya de ser la capital. Dejemos que el calor, el movimiento, la vida, circule por todas partes, que en todas partes esté la iniciativa y la accion. Dejemos que los gobiernos de provincia hagan lo que ellos pueden hacer con tanta eficacia, con mas eficacia que el Gobierno Nacional.

Se pasó á cuarto intermedio.

Vueltos los Sres. Diputados á sus puestos se dió el punto por suficientemente discutido; pero no habiendo estado presente el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores accedió la Cámara á pesar de eso, á que tomara la palabra.

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—El Sr. Diputado por Buenos Aires que dejó la palabra, contestando á las observaciones que hice á favor del proyecto, se ha contraído mas á consideraciones personales que á la cuestion de principios: no diré sino muy pocas palabras sobre la primera.

El Congreso debe recordar que en la Convencion de Buenos Aires hubo dos opiniones opuestas; una que estaba por la reforma de la Constitucion y otra que no queria se reformase. Yo pertenecía á los que queríamos enmendar la Constitucion; el Sr. Diputado era de los que creían que la Constitucion no debía enmendarse. Por consiguiente nunca llegó el caso de conocer las opiniones del Sr. Diputado sobre las reformas en sí, puesto que él atacaba el pensamiento en globo. Así pues, no sé si sus estudios desde entonces han podido modificar sus ideas, porque ignoro cuales eran. En cuanto á mí, he rectificado mis opiniones y he explicado en qué consiste el error que se refiere á la cuestion de principios que no ha querido tocar el Sr. Diputado.

La cuestion real, la cuestion positiva; la que nosotros por la reforma introdujimos en este artículo consistía en crear las materias imponibles que quedaban libres de la accion del Congreso; y que los derechos de esportacion iban á ser recaudados en las Aduanas Provinciales. Una parte de esta reforma fué rechazada; pero quedó vigente la segunda, es decir, que los frutos sujetos á derechos de esportacion quedasen como materia imponible para las Provincias. El Sr. Diputado quiere alarmar el sentimiento local cuando dice que vamos á quitarles á las Provincias el derecho de imponer estas materias, lo que es un error. El no ha querido tratar la cuestion de si el Congreso, pase ó no la reforma, tiene el derecho de gravar los frutos del pais: hasta ahora se ha dignado manifestar su juicio á este respecto.

Sr. Uguarte—Ahora se lo manifestaré, si la Cámara lo permite.

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—Lo oiré con mucho gusto porque es conveniente saber en cualquier caso, pase ó nó la reforma, á qué debemos atenernos sobre el particular.

La reforma no importa sino una cosa sumamente benéfica á las Provincias y á la Nacion. Bajo el imperio de la Constitucion reformada, tanto las Provincias como la Nacion, tienen el derecho de gravar los productos del pais con todas las sumas que crean necesarias. Ahora,

¿cuál es mas conveniente para la Nacion y para las Provincias, que la primera imponga derechos á estos productos por medios indirectos, ó por medio de contribuciones directas? Tambien soy, como el Sr. Diputado, hijo de la Provincia de Buenos Aires y miro sus intereses lo mismo que él puede mirarlos. Cuando en la Convencion de Buenos Aires proponia yo esta reforma, entendia defender los intereses de la Provincia de Buenos Aires y con las de ésta los de las demas; pero entiendo hoy que defendiendo la derogacion de aquella reforma defendiendo los intereses de Buenos Aires, porque he descubierto una idea que antes ignoraba. Partia yo de la base que pasando la reforma, el Congreso no podia gravar los frutos del pais; pero no es exacto. Puede establecer el tanto por ciento que juzgue conveniente sobre el ganado de todas las Provincias, inclusive Buenos Aires, lo que seria un impuesto muy odioso, mientras que de este otro modo la contribucion es benéfica para el productor mismo. El Señor Diputado, debia haber dicho, para ser consecuente con sus ideas: *los frutos del pais no pueden ser gravados por el Congreso*; y esto es lo que quiero que declare para saber á qué atenernos en cuestion tan importante. No basta decir, el día que sancionemos el régimen unitario habrémos concluido con la soberania de las Provincias. Es preciso demostrar que realmente si la reforma no pasa, el Congreso no tiene el derecho de gravar los frutos sujetos á derechos de esportacion.

Tampoco creo que podrá sostener que esta contribucion en las Provincias deba cobrarse con relacion á su poblacion. Pretender que los derechos que establezca el Congreso sobre los valores en las Provincias no se refieren á las propiedades, es sostener una cosa contraria á la Constitucion. Despues de la guerra se han establecido derechos uniformes en los Estados Unidos á los algodones, sin referirse á la poblacion. De manera que yo, no solamente como miembro del Gobierno, entiendo sostener que con esta reforma beneficiamos á toda la Nacion, sino, como dijo el Sr. Diputado por Buenos Aires, creo hacer un inmenso bien á las Provincias.

Si fuéramos á imponer una contribucion directa sobre las producciones y sobre la propiedad, costaria su recaudacion inmensos gastos y dificultades de todas clases.

Ahora se ha dicho que habia exajeracion cuando se presentaban al Congreso los resultados

positivos de la supresion de los tres ó cuatro millones que produce la esportacion.

Los frutos del país acrecen considerablemente, de manera que lo que es tres millones hoy, serán seis mañana. Es tan grande esta progresion que con ello hemos de atender no directamente á los gastos de una guerra exterior ó interior, sino al servicio del uso del crédito. Decía el señor Diputado: acúdase al crédito; pero ¿con qué se sirve ese crédito? Con los derechos de esportacion, porque los de importacion, están sumamente gravados ya.

Creo, pues, que el señor Diputado, sin preocuparse tanto de sus opiniones y de las mías en la Convencion, debe ocuparse de las facultades del Congreso sobre materias de impuestos: si conviene distribuir estos entre las provincias y el Congreso, y sobre todo, cómo entiende el artículo constitucional, el día que desaparezca el derecho de esportacion.

Sr. Ugarte—En dos palabras voy á complacer al señor Ministro de Relaciones Exteriores. El nos ha dicho que en la Convencion los que propusieron y sostuvieron la reforma se equivocaron

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—Yo por mi parte.

Sr. Ugarte—Deduce de aquí, supongo, el señor Ministro que, siendo falsas las razones, deben serlo tambien las consecuencias: le contestaré sencillamente: errando se acierta; partiendo de un error, el señor Ministro tuvo la feliz inspiracion de la verdad.

Me pide que explique mi pensamiento respecto de la contribucion directa, con que se amenaza á la Provincia de Buenos Aires, y no sé por qué se amenaza á la de Buenos Aires solo, y no se amenaza á todas, cuando todas viven bajo el imperio de una misma Constitucion y de las mismas leyes; y para explicarlo, no haré mas que referirme al inciso segundo del artículo sesenta y siete de la Constitucion, que en la sesion anterior tuve el honor de leer al señor Ministro de Hacienda, del cual resulta, que la facultad del Congreso Argentino no es igual á la del Congreso Nacional Americano; que este tiene el derecho ilimitado, absoluto, de imponer contribuciones directas, que el Congreso Argentino no tiene sino para objetos extraordinarios y por tiempo determinado.

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—Me permitirá llamar la atencion de la Cámara sobre

la gravedad de las palabras del señor Diputado por Buenos Aires. La Constitucion de los Estados Unidos es la misma que la Argentina, son las mismas facultades; idéntico el derecho de imponer la contribucion territorial y la facultad del Congreso se estiende á gravar uniformemente á las producciones de todos los Estados.

Sr. Ugarte—Está equivocado; el gravámen directo es en la manera de cobrar las contribuciones, que una se distribuye con arreglo al productor y otra sobre el censo; es en la forma de imponer sobre que está restringida la facultad, mientras que la del Congreso Argentino es por tiempo determinado para grandes bienes del Estado.

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—Lo que el señor Diputado dice es tan grave, que es ahí donde está toda la cuestion. Si se entiende que por la Constitucion el Congreso Argentino no tiene facultad de gravar la produccion del país ni poner ninguna contribucion directa sino en proporcion de la poblacion de las Provincias, resulta lo siguiente: que la Provincia de Buenos Aires teniendo doce Diputados en el Congreso, tendria que pagar doble que la provincia de Córdoba, que tiene seis Diputados en el Congreso; de manera que habiendo un déficit de tres millones, la provincia de Buenos Aires, dados cincuenta Diputados para la Cámara, tendria que contribuir con setecientos veinte mil pesos, y Córdoba con trescientos sesenta mil pesos. Cuando yo propuse la reforma en la Convencion, partía de la base que la Provincia de Buenos Aires iba á tener que atender á la deuda, y que concluida la garantía no tendria como hacerlo; y entonces yo creía que reservándose el derecho de gravar sus productos se aseguraba los medios de proveer al pago de esa deuda; pero despues estudiando detenidamente el punto, empezó por chocarme las leyes de los Estados Unidos.

Cuando empecé á ver las leyes que allí se sancionaron, me quedé sorprendido, entré á estudiar el negocio con detencion, y descubrí que la Constitucion de los Estados Unidos, cuando dice que el Congreso puede imponer contribuciones directas relativamente á la poblacion, se refiere á dos contribuciones: á la contribucion territorial y la capitacion. De manera que siendo iguales las Constituciones de los dos países, si la reforma no pasase, el Congreso mañana estaria en su perfecto derecho gravando todos los ganados con tanto por ciento, con prescindencia de la poblacion. Esa es la Constitucion, y no puede ser de otro

modo: fuera de los derechos de esportacion, ¿qué quedaria? ¿cómo se impondria una contribucion? Habria que ir a poner a la poblacion, no a la riqueza, lo que seria peor que obligar a las provincias cuando no tengan recursos a acudir al Gobierno Nacional por subsidios; porque las provincias a las que se impusiera un sacrificio de esa naturaleza, estarian en la imposibilidad de llenarlo, porque es una injusticia chocante; porque la contribucion debe ser en proporcion al servicio que presta la Nacion.

Por consiguiente yo me felicito muchísimo de que el señor Diputado por Buenos Aires que se opone a la reforma haya declarado en el Congreso que lo hace porque entiende que fuera de los derechos de Aduana, todas las demas contribuciones que se impongan por motivos muy especiales y por tiempo limitado, han de ser con relacion a la representacion en el Congreso, y no con relacion a la fortuna.....

Sr. Ugarte—No he dicho semejante cosa; he dicho que el Congreso Argentino no puede imponer contribuciones directas de una manera absoluta; que puede hacerlo por tiempo determinado y para ciertos objetos.

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—Continuaré, porque aunque temo cansar a la Cámara, la cuestion ha llegado a un término en que va a ser fácil su resolucion. Recuerde el señor Diputado. . .

Sr. Ugarte—Nada recuerdo sino lo que dicen mis palabras. Yo conozco el modo de disentir del señor Ministro y es de poner en la boca de sus contrarios palabras que no han dicho.

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—Está en su derecho de rectificar, puesto que estamos disutiendo ante la Cámara, que dirá si son fieles ó no las que atribuyo al señor Diputado.

El señor Diputado acaba de reconocer, señor Presidente, que la contribucion territorial y la de capitacion son las únicas sobre que no puede estatuir el Congreso; fuera de estas dos todas las demás directas pueden ser impuestas por el Congreso por tiempo determinado y para objetos de interés público; para una guerra, por ejemplo, por tiempo determinado, como son todos los impuestos, podria gravar todos los ganados de la República con un 10 á un 15 p^o; y á su vez las Provincias pueden tambien gravar esos mismos productos existentes en su territorio.

Sr. Ugarte—El Congreso grava los productos para objetos ordinarios.

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—No tiene juez en la tierra el Congreso.

Sr. Ugarte—La Corte Suprema.

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—Por qué si viene una guerra, no podria el Congreso votar esos impuestos?

Sr. Ugarte—Es para la defensa comun.

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—¡Pues es nada! Mañana dice el Congreso: Estando en guerra la Nacion, todos los ganados que existen pagarán un quince por ciento: Esta es la facultad del Congreso.

Sr. Ugarte—Sí señor.

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—Vamos á hacer ahora la deduccion: si el Congreso, aun no pasando la reforma, tiene el derecho de gravar todas las producciones que hay en la República, ¿de qué modo es mas conveniente hacerlo? ¿Por medio de la contribucion directa, ó por los derechos de Aduana? Esta es una cuestion muy fácil y simple desde que esté bien sentada. El pais está acostumbrado á pagar este impuesto por medio de la Aduana; su recaudacion es sumamente fácil; entonces, ¿para qué sustituirla por otras de dudoso resultado y de difícil recaudacion? ¿No se vé el número de empleados que serian necesarios y los conflictos que habria con los provinciales? Iriamos, pues, indudablemente á causar una perturbacion, y tan grave es esto que en los Estados Unidos no se han atrevido á hacerlo. Yo creo, pues, que el Congreso debe quedar persuadido que la reforma es sumamente conveniente; que lejos de aniquilar el régimen federal, lo asegura, como asegura igualmente el progreso de todo el pais.

Es la Nacion misma quien tiene que impulsarlo y llevarlo á todas partes, y por consiguiente yo creo que nadie puede dudar que la reforma es benéfica á todas las Provincias y á la Nacion, puesto que se establece un medio fácil de cobrar un impuesto que sin la reforma solo puede cobrarse por un medio mas irregular, mas gravoso y mas odioso.

Sr. Arroz—Yo pido que se vote si el punto está suficientemente discutido ó nó. [Apoyado.]

Se votó si el punto estaba ó nó suficientemente discutido, y resultó afirmativa.

En seguida se votó el proyecto en jeneral y fué aprobado por afirmativa de veinte y cinco votos contra tres.

Sr. Presidente—Como la hora es avanzada, propongo á la Cámara suspender la sesion para continuarla el lunes.

Se levantó la sesion á las 5½ de la tarde.